

JUAN EDUARDO LÓPEZ

PROFESIONALES Y EJECUTIVOS TOP DAN LA CARA

CÓMO LOGRARON SALIR DE LA DROGA

Vivieron el exceso hasta llegar a la autodestrucción. Cuando estaban en el abismo, se dieron cuenta de que solos no podrían salir. Eduardo Quintana llegó a consumir cinco gramos de cocaína al día y dos botellas de vodka. Sebastián Etcheverry pasó 30 años esclavo de las drogas. Adela Vidaurre incluso pensó en cómo hacía para perder la guagua que esperaba con tal de poder seguir drogándose. Sebastián Ossa estaba tan desesperado que llegó a la clínica caminando en la mitad de la noche.

EDUARDO QUINTANA HURTADO, SOCIO DE CELSIUS FACTORING

"Nací de nuevo a los 41 años"

El es un agradecido, qué duda cabe. Casi todos los días aparecen por su oficina jóvenes -y otros no tantos- que vienen aporreados. Angustiados por la droga y el alcohol. Y Eduardo los recibe, siente que es lo menos que puede hacer para devolver la mano. Los acoge, los aconseja, les explica que esta es una enfermedad, que de ella no se sale solo.

Lo sabe en carne propia este exitoso ejecutivo. Cuando topó fondo, a los 40 años, estaba consumiendo cinco gramos de cocaína y dos botellas de vodka al día. Lo había tenido todo; también lo había perdido todo. "Muchos se preguntan qué me pasó, si fui tan exitoso desde tan joven, cómo pude irme al otro extremo. Hoy, para mí, la respuesta es clara: soy una persona alcohólica y adicta, y seguiré viviendo con esta enfermedad hasta el día en que me muera. Pero, gracias a Dios, he aprendido a vivir con ella y a cuidarme. He estado en la cima, y también en el hoyo, por lo tanto, siempre estoy buscando el equilibrio a través de la fe".

Brillante, talentoso y golfista de primer nivel, cuando salió del colegio, Quintana entró a trabajar como junior en una empresa. Cinco años después se había casado y trabajaba -con creciente éxito- en las mesas de dinero de Financo. "Pero el consumo sólo crece y comencé a hacer cagadas grandes: choques, pasar el fin de semana en la cárcel, perderme de la casa por un par de días...".

A los 26 años fue a ver a un especialista y, por primera vez desde los 13, dejó de beber y de consumir drogas. Para celebrar el primer año, no encontró nada mejor que tomarse un trago. "Y volví a tomar. Primero poco, controlado; luego más. Y volví a la coca. La usaba socialmente y para trabajar".

Pidió ayuda nuevamente. En el centro Puente Bretaña, siguió un tratamiento ambulatorio intensivo. "Me fue fantástico, estuve cinco años 'limpio' y profesionalmente tuve un éxito fabuloso". Llegó a tener su pro-

pia empresa, muy prestigiada. Eso, hasta 1993: "Entonces me separé de mi mujer, cerré mi firma, me quedé con mucho dinero y me fui a viajar". Fueron dos años de desborde. "Seguramente estaba buscando. ¿Qué? Nada. Uno sale a buscar afuera, pretendes comprar felicidad. Y no encuentras nada: más vacío, más consumo".

Hasta 1999, los días de Eduardo Quintana estuvieron marcados por "puros desastres". No exagera: nunca tuvo oficina ni un trabajo establecido, perdió gran parte de la fortuna que había ganado con la venta de su corredora de bolsa y tres autos se fueron como chatarra con pérdida total. Varios amigos suyos murieron por sobreconsumo.

En ese tiempo, además, su ex mujer se enfermó y sus tres niños se fueron a vivir con él y su nueva familia. "Gracias a Dios, los niños no presenciaron nunca un episodio terrible, pero sabían perfectamente qué me ocurría".

-¿Puede darse cuenta hoy en qué momento cruzó el límite?

"Me estaba muriendo. Tenía 17 kilos más, ya no me quedaban tabiques nasales. El último mes no salí de mi pieza. Yo estaba consciente de que me estaba matando.

"En noviembre de 1998, no estaba en condiciones de ir al cumpleaños número 70 de mi padre. Ese día llamé a mi psiquiatra y le dije: 'De esto no puedo salir solo, tengo que internarme'. Pero no quería hacerlo en Chile, aquí pesa demasiado el qué dirán". En enero, ingresó en la prestigiosa clínica mexicana Oceanica.

"Lo central es que que te ayudan a recuperar tu autoestima. Porque la enfermedad de la adicción y el alcoholismo, es una enfermedad de pena, de complejos y de todas las cosas negativas que vas guardando dentro de ti. El tratamiento fue como una operación al alma a tajo abierto, en que te enseñan a mantenerte liviano, a sacar lo que te hace daño. Si estás muy cargado, estás muy propenso a recaer, a pensar que tu

vida era mucho más entretenida cuando estabas en actividad. Y eso quiere decir que estás necesitando anestesia. Está basado en que cada paciente aprenda a mirarse por dentro, a reconocer sus méritos".

Según relata, allí aprendió más que en sus 41 años de vida: "Aprendí acerca de cómo vivir, cómo disfrutar las cosas simples, a reconocer mis sentimientos, a quererme a mí mismo y combatir mis defectos de carácter. Sólo Dios sabe el cambio que produjo en mí la estada en Oceanica".

"Uno no se da cuenta cuando cruza el punto de no retorno, y ese momento, además, no lo decides tú. Caer en la adicción le puede pasar a cualquiera; no sabemos qué determinación genética tenemos. Por eso es que no hay que jugar con fuego. Yo siempre busqué los límites y creía que, cuando estaba contento, podía estar más contento; que cuando me reía, podía reírme más; que cuando celebraba, podía celebrar más. Siempre queriendo más. Y llega el minuto en que pierdes el control, pero la principal característica de esto es la negación".

-¿Y cómo usted detuvo ese impulso tan poderoso?

"Es un momento de lucidez. Pensé en mis niños, en mi mujer, en mi familia, en que no quería morirme. Sí, el impulso es muy poderoso. Aquí no corre la fuerza de voluntad, no existe, esta es una enfermedad".

En 2000, Eduardo fundó -junto a Horacio Simonetti- Celsius Factoring, empresa en la cual no sólo recuperó su prestigio profesional a nivel social, sino que ya comienza a reportarle buenos dividendos y tiene una creciente cartera de clientes.

"Nací de nuevo a los 41 años. Y la saqué barata. Mi parte adictiva sigue ahí, por eso tengo que mantenerla controlada. Entre otras cosas, no puedo volverme loco trabajando; eso es un riesgo. Hoy sé que tengo seis segundos para bloquear un pensamiento de consumo; seis segundos para pensar en cómo terminé cuando consumía".

ADELA VIDAURRE, EDUCADORA DE PÁRVULOS

"Me drogué embarazada"



Su pequeña hija juega sobre la alfombra del living, mientras Adela Vidaurre Vergara (39) se apronta a relatar su historia. "Es lo mismo que a ustedes les he contado tantas veces; la época en que la mamá era *drogui*", le comenta a su niña rubia. Las tres hijas de Adela (de 11, 9 y 6 años) tienen un 50 por ciento de probabilidades de ser alcohólicas y drogadictas. Fueron concebidas bajo el efecto de la cocaína y el cidrín: clorhidrato de metanfetamina, indicado para el déficit atencional y la hiperactividad. "Mi mayor dolor es haberlas dejado tan solas", dice esta ex alumna de La Maissonette y de la Escuela de Párvulos de la Universidad Católica. Es la cuarta entre cinco hijos del matrimonio formado por un abogado y la propietaria de un jardín infantil.

Adela cuenta que creció con una autoestima muy baja; víctima de una tremenda inseguridad, porque, aunque era delgada, se sentía gorda. Desde los 15 a los 18 vivió con una gran sensación de soledad: "Nunca me sacaban a bailar en las fiestas. Siempre estaba seria, me encontraba tan fea. Vivía midiéndome, pesándome y amargándome, porque me consideraba gorda".

Estaba en primer año de universidad cuando supo que su pololo fumaba marihuana. "Le dije a mis compañeros que si él tenía ese problema, era porque Dios me lo había mandado y mi misión en la vida era mejorarlo, pero probando los pitos". Le gustó tanto, que hoy está convencida de que ella está genéticamente predispuesta a la adicción. "Siempre pedía más y más, como si hubiera nacido dependiente. Lo que probaba: anfetaminas, cocaína, lo que me pusieran por delante, me gustaba".

Consiguió recetas de anfetaminas: "Me tomaba tres juntas y sentía una felicidad inmensa. Cuando se me terminaron, una amiga me llevó a la calle Guillermo Mann, detrás del Estadio Nacional. Ahí tuve mi primer contacto con los *dealers*. Después seguí yendo sola. Conseguía pitos, anfetaminas en papelillos, hasta que llegué a mi 'droga regalona': cidrín".

A los 23, consumía medio cidrín. Diez años después necesitaba 15 de esas píldoras en una sola dosis. La dependencia fue cada vez más esclavizante desde que comenzó a trabajar y, sobre todo, después de casada. "Cuando conocí a mi marido, el primer día, saqué un pito y me lo fumé delante de él. Encontró *choro* eso en mí como polola. Para que no me retara, iba a comprar al matadero Lo Valledor y le pasaba a dejar unas pastillitas a la oficina". Durante sus primeros años de matrimonio, su casa era el espacio de encuentro con los amigos consumidores.

CARLA PINILLA

Su marido superó primero la adicción. "Fue para su cumpleaños. Llegó a la casa a

Su sanación empezó cuando su marido se atrevió a contarle al hermano mayor de Adela. Los Vidaurre hicieron una reunión familiar y decidieron financiarle un tratamiento. "Recuerdo que me invitaron a al-

Recuperar la relación con sus hijas ha sido lo más importante: "Me pasé para el otro lado, soy una madre súper encima, tratando de que sean fuertes, que tengan una opinión propia y sobre todo, una alta autoestima".

Vigencia: 19/07 al 10/08/03. Premios: Robot Aibo de Sony, modelo ERS-220A, 2 pasajes más estadía por 5 días y entradas al estadio Ilse Los Angeles (USA) 10 veces por \$40.000 c/u en productos L'Oréal Paris para mujer.



SEBASTIÁN ETCHEVERRY, GERENTE COMERCIAL DE UNA AUTOMOTORA

"Convertí a mi familia en codependientes y cómplices"

Es un miembro activo de la organización Narcóticos Anónimos que se reúne diariamente en un salón parroquial en Las Condes. A sus 50 años, Sebastián Etcheverry (casado, tres hijos de 17, 15 y 11 años), está convencido de que Dios lo escogió para hacer el milagro de sanarlo de una adicción a las drogas que lo esclavizó durante 30 años.

"Mi consumo empezó como parte de la época que me tocó vivir. Fines de los sesenta y comienzos de los setenta, los años de la revolución hippie donde ocurrieron las primeras incursiones en la marihuana; consumir yerba era la actividad social de una clase acomodada con cierta cultura, con viajes, con mundo".

Ex alumno del Saint George, se licenció en filosofía en la Universidad de Chile, pero su talento para los negocios lo llevó a tener su propia empresa pesquera, muy próspera. Por entonces, era un consumidor de drogas -marihuana y cocaína eran sus favoritas- sólo a nivel social. "La adicción es una enfermedad. Al principio la gente la ve como diversión. Pero es una enfermedad crónica del alma, que se genera por un dolor forrado de mucha culpa. La droga y el alcohol tienen el efecto de trasladar para mañana, de postergar. Pero el dolor sigue ahí".

Sebastián explica que como el cuerpo es muy resistente a los químicos, eso incide en la progresión de la enfermedad. "La cantidad que es suficiente al principio después apenas

alcanza para media hora. Y vas necesitando drogas más duras. La cocaína te da energía adicional y como no se nota, pareces normal, eres simpático y buen empresario".

Consumió gran parte de su vida, pero los últimos seis años fueron totalmente destructivos. Hoy lleva cuatro años limpio y no puede controlar las lágrimas cuando recuerda lo terrible que fue para él y su familia esa última etapa. "Mi vida giraba en torno a conseguir droga y a consumirla; justificando, mintiendo y manipulando las situaciones, destinaba toda la plata a eso. Gasté millones y millones. Perdí mi casa, perdí mi otra casa en la playa, la credibilidad financiera dentro de mis pares, perdí amigos, perdí todo lo que tenía. Sentía cada noche que no iba a llegar al otro día, estaba tan carente de voluntad que mi palabra y mis promesas no valían nada".

Cuando ya nadie creía en él, un grupo de amigos le tendió una mano. Le dijeron: "Sebastián, tú estás muerto. Pero tienes una posibilidad". Lo llevaron a Oceánica, una clínica de rehabilitación en México, donde estuvo 45 días. Etcheverry advierte que su familia no pudo hacer por él lo que hicieron sus amigos, porque el adicto corrompe a la gente a su alrededor, convirtiéndolos en codependientes y cómplices. "La familia funciona en torno a la adicción del padre. Los hijos no hacen comentarios, por más que se den cuenta. Esa codependencia se traduce en la misma actitud que tiene el adicto, pero

sin consumir. El codependiente evade la realidad y justifica lo que pasa, piensa que un día se va a terminar, que no es tan grave, que es a veces, que hay que esperar... Mi mujer y mis hijos decían que el papá era medio loco, pero las cosas funcionaban; lo grave fue cuando faltó el dinero".

Cuando regresó a Chile comprendió que lo más difícil no era dejar los químicos, sino sacarse la tremenda mochila de culpas: "Culpa, porque fuiste deshonesto en los negocios, deshonesto contigo mismo, porque traicionaste la confianza en el matrimonio, porque fuiste manipulador, mentiroso, cuentero".

También se hace cuesta arriba estar cesante, tener que vender la casa para pagar deudas y asumir toda la pérdida. "Lo relevante es entregarse a Dios y pedirle que termine con un problema que para un ser humano es imposible de solucionar", asegura.

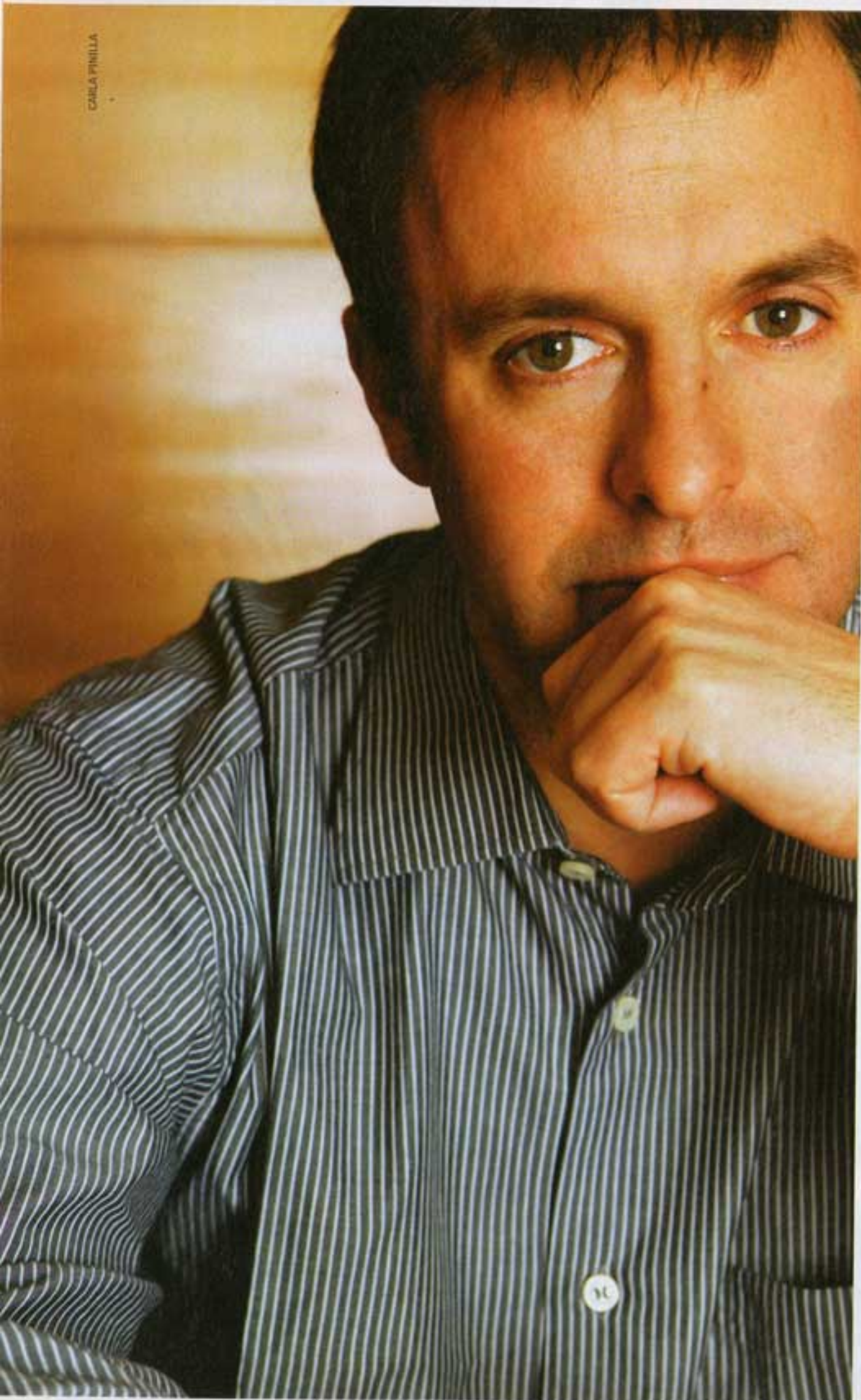
El reencuentro con su familia fue muy difícil, porque recuperar la confianza es menos hollywoodense de lo que parece. "La fractura familiar está muy presente todavía y es muy lento repararla".

Actualmente está muy motivado con su trabajo como gerente comercial de una automotora en La Dehesa; maneja un equipo de carreras de moto, hace deporte. Le cuesta mucho ir a fiestas, porque a las doce tiene sueño, pero siente que optó por la libertad, al ser capaz de exponer su alma al sol para que se curaran sus heridas.

SEBASTIÁN OSSA PRIETO, PUBLICISTA

"Ya no le tengo miedo a nada"

CARLA PINILLA



"Nunca he tenido eso de andar convenciendo, no ando de evangélico por la vida. Si accedo a hablar de este tema es porque sé que esto lo va a leer más de alguna mamá, papá o amigo de alguien en problemas que en general minimizan las cosas: 'No, si son un par de tragos no más'. ...¡No!, uno no sabe en qué momento va a pasar la línea. Esto te puede pasar a los 15, a los 30 o los 60 años, y no se puede mirar a huevo. Hoy en Santiago, conseguir droga es tan fácil como conseguir cigarrillos".

Después de estudiar publicidad, Sebastián Ossa (35) comenzó a escalar rápido en una agencia pequeña. Tenía 23 años y mucho talento como redactor creativo. De ahí pasó a Veritas y luego a Prolam, donde fue creativo de una importante tienda por departamentos. Patricio Ulloa, entonces gerente general de Hites, se lo llevó a la compañía. A los 25 años estaba subiendo rápido, tenía un muy buen sueldo y un fantástico departamento en el parque Forestal.

La marihuana, el alcohol y la cocaína habían empezado mucho antes, a los 18, durante un verano en Pucón, cuando alguien le regaló unos gramos de cocaína. Ese fue el inicio. "Tuve una época complicada, no sabía lo que quería hacer, y fue una escalada: una cosa fue agarrando a otra para llegar finalmente a lo que los psiquiatras llaman un policonsumo".

Pero lo peor vino después. "Hasta entonces era consumo de fin de semana, pero el último tiempo fue terrible. Estaba solo, con mucha plata, me alejé de mis amigos, de mi familia, conocí otro tipo de gente y además empecé a carretear solo. Ahí topas fondo", recuerda. En lo que llama "un ataque de locura", decidió un día irse al norte. Tomó un bus, pero se bajó en Lampa. Estaba muy mal. Un hombre -al que nunca más volvió a encontrar- le pasó 200 pesos y le dijo "llama a tu familia". "Me fueron a buscar y me internaron en la clínica Santa Sofía, que atiende a todo tipo de enfermos". Estuvo 15 días. Después recayó. Pasaron siete meses en los cuales no trabajó y terminó volviendo a un consumo fuerte: "Esto es como una enfermedad. Unos tienen las defensas altas y no se resfrían y otros, las tenemos bajas. Quizá esas defensas bajas de las personas que nos volvemos drogadictas tienen que ver con la autoestima, con alguna ruptura, soledad, un montón de cosas".

Volvió a trabajar a Prolam, "gracias a que mis jefes fueron muy buenas personas y siempre me tendieron una mano". Alcanzó a estar tres meses y vino una nueva recaída. "Toda la gente reacciona distinto frente a la droga. Algunos se despiertan súper bien después de haber carreteado una noche en-

tera; otros, mal. Yo era de los últimos. Despertaba angustiado, sufría mucho. La razón que me hizo dejar la droga no fue porque me estuviera peleando con mi familia o por el futuro. Fue porque estaba sufriendo. Y dije: '¿Vale la pena todo este dolor?'. El sufrimiento fue lo que me llevó a internarme nuevamente".

Un día en la noche volvió caminando solo a la clínica Santa Sofía. "Toqué el timbre y me abrió la Natacha, una gorda que trabajaba ahí. Le dije 'ábreme y no me dejes salir nunca más'. Ese fue el momento en que se comenzó a revertir todo. Sebastián decidió jugársela al ciento por ciento e iniciar un tratamiento mucho más intenso y estricto. Ingresó a la clínica del doctor Raúl Schilkrut. "El tratamiento es muy invasor y se hace eterno. El mío duró dos años y medio. Si es bueno o malo, no lo sé, pero a mí me dio resultados. Nunca tuve intención de dejarlo, hice todo lo que había que hacer, aunque me pareciera injusto. Se casaban unos íntimos amigos míos y no me dejaron ir a la iglesia ni con mis papás y el chaperón; tam-

poco me dejaban recibir gente en la casa. Pero también, recuerda, vivió momentos emocionantes, como cuando un hermano lo nombró padrino de su hijo en medio de la terapia.

Todos los tratamientos para salir de las adicciones se basan en el enfermo y la familia, y Sebastián tuvo un enorme apoyo de la suya. "Si no es por ellos, no salgo adelante. Porque son muy positivos y nunca me recriminaron. Al revés, ellos siempre pensando en qué habían fallado". Pero eso, Sebastián lo descarta de plano. "Sí creo que soy una persona demasiado sensible y en algún momento tuve problemas que no supe manejar. Te vas envenenando, enfermado, y al final se transforma en algo que no puedes controlar".

Después del tratamiento de Schilkrut, empezó para él una larga y tediosa espera. El primer año no hizo nada. Engordó y vio televisión, nada más. El segundo, se puso a estudiar y con eso vino el despegue definitivo: entró a la Adolfo Ibáñez, a un diplomado en marketing, en 2000. "Al principio

me costó muchísimo. Concentrarme, estar con otra gente que no fueran mi familia o gallos enfermos. Piensa que en dos años no vi a ningún amigo, no salí y, si lo hacía, era con mi mamá o con mi chaperón. La mejor etapa es cuando vuelves a ser tú, y te das cuenta de que lo que dices es atinado, que puedes leer, relacionarte".

Sebastián entró a trabajar a una empresa grande. Los cuatro primeros meses fueron muy difíciles, pero después vino el despegue. Lo ascendieron y su jefe, que estaba al tanto de lo que le había ocurrido, le dijo que él había sido un estímulo para todos. Estuvo dos años. Hoy trabaja en la agencia de publicidad Dittborn y Unzueta. Desde marzo de este año es director de cuentas. "Ya no le tengo miedo a nada. Menos a recaer. Esto es así: tienes este tomo de tu vida y lo guardas en tu biblioteca. Nunca lo botas, siempre es bueno releerlo y recordar. Pero ya hace mucho tiempo que soy feliz". Ya lleva seis años de abstinencia. ■

Equipo "El Sábado"

¿Seguridad para su familia?



Si para usted la protección de su familia es lo más importante, presentamos las Nuevas Salchichas Pasteurizadas **PF**, las que gracias a su exclusivo Doble Proceso Térmico otorgan una total seguridad alimenticia además de una mayor duración en su refrigerador.*

* En condiciones adecuadas de refrigeración, entre 0°C y 5°C su vida útil aumenta de 30 a 60 días.

Nuevas Pasteurizadas
en su envase final



**Nuevas Salchichas
Pasteurizadas,
seguridad
y larga vida.**



Productos Fernández
Desde 1903

para su familia, con toda confianza.